

REVISTA EL MONITOR N° 10

Ministerio de Educación de la Nación

Dossier: Las infancias hoy

Estamos acostumbrados a pensar en la infancia como un estado biológico que tiene atributos psicológicos definidos. Y sin embargo, no es lo mismo ser niña o niño, crecer en Purmamarca, Chaco o La Matanza, formar parte de una familia tradicional o una de otras características, tener acceso a una pluralidad de medios electrónicos o solo a la televisión, entre muchos otros aspectos. ¿Qué experiencias tienen hoy niñas y niños? ¿Cómo cambió el estatuto de la infancia en los últimos años?.

En este dossier, presentamos aportes de pedagogos, psicoanalistas, estudiosos de la cultura y periodistas para contribuir a pensar la niñez contemporánea. Ellos analizan los efectos de la crisis social y política reciente en la niñez argentina; las transformaciones más generales de las relaciones entre adultos y niños; la importancia de la socialización que proponen los medios, no solo en sus contenidos sino en las formas en que construyen espectadores, usuarios o jugadores; y los discursos mediáticos que ven una infancia en peligro o una infancia peligrosa, subrayando la violencia como forma de constitución de identidades. Esta especie de cartografía sobre los modos de ser niña o niño busca equiparnos mejor para recibir y educar a la infancia en las condiciones actuales.

La niñez contemporánea Aportes para repensar a los sujetos de la escuela

Inés Dussel
Myriam Southwell / dossier@me.gov.ar

Alguien decía, hace bastante, que los hijos se parecen más a su tiempo que a sus padres. Con esa frase querían evidenciar que cada época imprimió características peculiares a los sujetos, confrontándolos con determinados problemas, con instituciones particulares, con tecnologías y modos de entender la cultura que los moldearon y los ayudaron a devenir adultos.

La escuela tuvo mucho que ver con la delimitación de la infancia, tanto por la difusión de un discurso psicológico que estableció de manera taxativa qué debía esperarse de los niños, como por la expansión de una idea de minoridad-incompletud- inmadurez que colocó a la infancia en un lugar subordinado, cuya voz y perspectivas no debían tenerse en cuenta. También tuvo mucho que ver con la producción de una infancia "correcta" y "aceptable" en términos morales y políticos. Una recorrida por los textos escolares nos permite ver los esfuerzos estatales para construir "un

buen niño": patriota, ejemplo ciudadano, moralmente medido y con pautas de higiene y con roles sociales claramente delimitados. Veamos una lectura clásica:

Amigos que no convienen.

Diez clases de personas que no convienen para amigos de un joven: 1) Los que no tienen sentimientos religiosos. 2) Los que no tienen lenguaje decente y pulcro. 3) Los que tienen malos modales y son muy despreocupados. 4) Los amigos de murmuraciones y de críticas a todo el mundo. 5) Los mundanos y que solo saben de modas, teatros, bailes, etc. 6) Los muy presumidos y amigos del lujo. 7) Los que no saben hablar más que de tonterías. 8) Los que están siempre manoseando a sus compañeros. 9) Los que mienten más que un periódico liberal. 10) Los que no son buenos con sus padres y hermanos. Pues todos estos no pueden ser jamás buenos amigos¹.

Pero hay que destacar que esas formas de entender a la infancia fueron desplegadas de maneras diversas, y que siempre hubo distintas experiencias de la infancia. Nuestro colega Pablo Pineau hace una riquísima descripción de algunos modos de ser infante en torno a los años 60 en la Argentina a través de la historieta Mafalda, esa magnífica obra de Quino. En esa banda de amigos hay modos muy distintos de ser niño o niña. Manolito, el niño trabajador, es quien más manifiesta su condición de descendiente de inmigrantes -y esto le juega en contra-; Mafalda impugna a los adultos que han hecho del mundo un lugar injusto, desigual y violento desde un lugar de niñez lúcida y crítica; Miguelito, el infante inocente, permanece protegido de los desvelos de una vida adulta en un tiempo de juego; Susanita aparece como el prototipo de una concepción conservadora y pueril de ser mujer; Libertad enuncia la politización de una generación que pronto decidiría intervenir activamente en los asuntos públicos².

Mafalda nos ayuda a entender que hay modos distintos de experimentar la niñez. La pluralidad de infancias es un elemento a destacar, en contra de una visión escolar que tendió a encerrar las experiencias infantiles en un armazón rígido que excluyó formas de ser niño o niña que no encajaban en estos parámetros. Pero además hay que destacar que en el último tiempo se suceden discursos tremendistas/ alarmantes/implacables/severos sobre la infancia: la infancia en peligro por las nuevas tecnologías; la infancia en crisis (o la infancia finalizada, la infancia inexistente) por la irrupción de los medios electrónicos y la transformación de las familias; la infancia peligrosa, la infancia abandonada, la infancia cartonera o la infancia de la calle, todas figuras que aparecen investidas de una falta de futuro y una falta de presente, difíciles de asimilar para la institución escolar.

En las notas que siguen, queremos presentar algunos aportes para hablar de la infancia de otras maneras, que es un modo de buscar aproximarse a las formas múltiples de ser niño o niña en la

¹ Lecturas Graduadas, Cuarto Libro, Edit. H.M.E, Artes Gráficas Modernas, 1925

² Pineau, Pablo, Otra vez sopa: imágenes de infancia y escuela en Mafalda. Conferencia en el VII Congreso Iberoamericano de Historia de la Educación Latinoamericana. Universidad Andina Simón Bolívar, Quito, Ecuador, 2005.

Argentina de hoy. Nos interesó reunir aportes de distintas disciplinas: psicoanalistas de niños que ven en el consultorio la transformación de las relaciones entre adultos y niños/as; pedagogos a quienes les preocupan nuestras maneras de educar, y el cruce entre la economía, la política y la institución escolar; periodistas que analizan la manera en que se habla de la niñez en los medios, fenomenales constructores de la opinión pública cuya tematización contribuye a visibilizar problemas y a ofrecer lenguajes que no siempre ayudan a una relación mejor con los niños; sociólogos que están investigando la niñez actual, sobre todo en su relación con los medios electrónicos y los videojuegos, para entender qué se ha transformado, y cómo, en estos últimos años.

Infancias plurales, entonces, pero también infancias que hay que ver en sus posibilidades, y no solo desde sus amenazas. Quisiéramos, a través de este dossier, ayudar a pensar en la infancia sin enarbolar el discurso del riesgo y del peligro inmediato. Buscamos poder vincularnos con las distintas maneras de ser infante de hoy, sin sentir que una amenaza inmediata se cierne sobre nosotros, y sobre la niñez. También, claro, hay que mantener el alerta sobre las consecuencias de las transformaciones que estamos viviendo. ¿Qué pedagogías necesita hoy esta infancia? ¿Qué políticas educativas son necesarias para atender sus necesidades, para protegerla y cuidarla y a la par ir dándole márgenes crecientes de autonomía? Son preguntas que todos los que estamos involucrados en la educación debemos tomar en serio, para que la escuela sea una experiencia relevante para la niñez de hoy, para ampliar sus márgenes de acción, sus recursos culturales y sus posibilidades de imaginarse como adultos plenos, con proyectos y con futuro.

Niños, padres y maestros, hoy Juan Vasen*

En las inconsistencias, apoyarse.
Paul Celan

Esta reflexión intenta aportar a un pensamiento sobre las modalidades actuales de criar y educar. Prácticas de crianza, formación y cuidado determinantes y a la vez determinadas desde lo epocal. El "piso" de estas prácticas fundantes de la subjetividad no ha sido el mismo a lo largo de la historia. Y ahora parece que se mueve.

Ayer

En sus albores, la descendencia humana no alcanzó un estatuto que la diferenciara sensiblemente del hecho biológico. El pasaje que la llevaría desde la cría al hijo es inseparable de la configuración de una dimensión adulta cada vez menos accesible. En las hordas primitivas los chicos participaban al unísono con los grandes de tareas y rituales, todos como hijos de dioses y tótems. A medida que los adultos comenzaron a tomar parte del destino en sus manos, inscribieron, ya como padres, a sus crías en la condición universal de hijos.¹

El lenguaje constituyó la materia de ese puente entre los adultos y sus cachorros. Una brecha que ya no se llenaba solamente por vía madurativa. El período de indefensión se fue extendiendo a medida que los circuitos instintivos quedaban en falta. La fijeza se debilitaba para dar cabida a una variabilidad de experiencias que requerían para su transmisión soportes ya no genéticos, sino culturales.

Las crecientes posibilidades de que fuera garantizada su subsistencia, hicieron de los niños soportes más consistentes de los anhelos de trascendencia. La inversión educativa, material y simbólica que supone la transmisión, es correlativa de la libidinal. La infancia es hija contradictoria del narcisismo parental y, al unísono, de las determinaciones históricas que lo posibilitan.

El arte medieval anterior al siglo XII era "incapaz de representar un niño salvo como un hombre en menor escala". Es Durero quien realiza el primer estudio de las proporciones corporales del niño. Tampoco las palabras que representaban al niño lo hacían de modo discriminado. "Garçon" era equivalente tanto a niño como a criado. Recién a partir del Renacimiento se hace posible pasar del estatuto de hijo al de niño.²

El siglo XVIII es el punto angular para la formación en Occidente de una "esfera" infantil. Separados trabajo y vivienda, a la infancia se le asignan espacios propios donde permanecer. Surgen los cuartos de los niños y las plazas de juegos, así como una vestimenta particular que diferencia más nítidamente edades y también a las nenas de los varoncitos. Comienza la masificación de los juguetes y el auge de una literatura específicamente infantil.

De la gran casa feudal llegamos este hogar-nido, un remanso de paz, pero también de intrusión. La presión de la socialización comienza a abarcar todas las expresiones vitales del niño y determina así, en última instancia, las reglas de decencia que convienen. Y esto significa determinar, al mismo tiempo, las fronteras del juego. En este sentido el combate contra la masturbación fue un paradigma por los niveles de crueldad que alcanzó. Se convirtió en el punto de arranque para la eliminación de la actitud "indeseable" que entraña, a saber: la autosuficiencia y el placer del juego con el propio cuerpo. Ambas costumbres debían rechazarse por improductivas. La entrega al disfrute del momento entraba en contradicción con la actitud de previsión sistemática, a largo plazo, con que la ascética burguesa en ascenso quería derrotar a la decadente moral de la aristocracia.

Pero, una vez consolidada como clase, el objetivo predominante de la burguesía pasó a ser la estimulación de la "industriosidad". Más que coartado, el juego debía ser instrumentado. Entonces, a través de una pedagogía de la simulación de determinadas operaciones sociales, se impuso el "como si". Más que ascéticos, los pequeños debían ser hábiles, optimistas, comunicativos y conocedores de las cosas prácticas; moderados, flexibles, adaptables y diestros en fin en el trato social.³ A las niñas se las entrenaba para el rol de recatadas esposas y futuras madres.

Un piso que se mueve

Perdimos estabilidad, no sabemos de qué lado,
vamos a quedar parados.
Andrés Calamaro

La familia compartió, en Occidente y durante siglos, su espacio formativo con la Iglesia. Actualmente ocupa un escenario decreciente en relación a otros ámbitos de socialización formales (escuela) e informales (medios masivos de comunicación). Una niña preguntaba a su mamá, mientras veía el programa de Galán: "Mami, para casarse, ¿hay que ir a la tele?".

Esta vivencia de disolución de la familia es registrada por algunos pensadores de nuestro tiempo, como George Duby:

"Así la familia pierde progresivamente sus funciones que hacían de ella una microsociedad. La socialización de los niños ha abandonado totalmente la esfera doméstica. La familia deja pues de ser una institución para convertirse en simple lugar de encuentro de vidas privadas".⁴

Parecería que si la familia ya no es lo que era, ya no es. Lo que nos dificulta inteligir sus transformaciones.

Familia y escuela, como instituciones, creían ser "fundadoras" de diferentes marcas generadoras de distintos tipos de lazo social. Esta función determinante velaba su condición de determinadas

por la sociedad, la cultura y la época. Y lo que ha cambiado en el pasaje de la modernidad a la que solemos llamar posmodernidad es la relación entre los estados nacionales y el mercado internacional.

Podemos apreciar el reflejo de esta situación en la tapa de nuestros DNI, donde formar parte del Mercosur como consumidor está por encima de ser ciudadano argentino.⁵ Este contrapunto ciudadano-consumidor con el creciente predominio del lazo que el consumo instituye, marca aquel pasaje. Y lo hace porque produce dos subjetividades distintas. La instituida por el estado y la instituida por los medios y el consumo. Si antes los estados se proponían ser naciones y regular sus mercados internos formando ciudadanos futuros para el ejercicio de esas funciones, ahora los estados ya no saben ser naciones y tampoco saben si quieren. Esta determinación que podría considerarse "exterior" y lejana a los niños de hoy produce efectos trascendentes tanto en la escuela como en la crianza. Lo que antes parecía instituido sólidamente pasó a ser un piso de características fluidas como el movimiento de los capitales, que se mueve. El consumo es una práctica instituyente de subjetividad, desbordante y difícil de limitar. No solo en otros, en cada quien. Una práctica que aparenta incluir pero en rigor excluye y fragmenta. Si los ciudadanos son iguales ante la ley, los consumidores son claramente desiguales según su capacidad adquisitiva. El consumo (mediado por la publicidad) produce marcas que también marcan y establecen formas de linaje. Una desesperada pertenencia ante una licuadora excluyente. Si hasta los más pobres al acceder al consumo se desesperan por mostrar las marcas a las que pueden acceder, tal como ocurre en las "villas" con los jovencitos que venden drogas y se visten con las mejores marcas de ropa o zapatillas.

Las relaciones que el consumo instituye no igualan pero simetrizan. No hay que construir un saber estructurado como en la escuela, no hay que esperar a ser grande. El consumo es ahora. La inundación de gadgets lleva a una suerte de homogeneización y borramiento de las diferencias entre niños y adultos en relación a los consumos. "Los juguetes de los niños de hoy son también los 'juguetes' de los adultos. Y los juguetes de los adultos (teléfonos móviles, laptops, autos, iPods, etcétera) tienen cada vez más un diseño infantil".⁶ Si los chicos juegan a ser grandes porque hay una distancia a recorrer y un deseo de hacerlo cuando esta se instaura, y si los grandes juegan como chicos (peor, en realidad, pues los chicos son mucho más rápidos para absorber las novedades), ¿por qué crecer?

Por otra parte, esa incidencia del consumo nunca ha alcanzado tanta intensidad. Se ha instaurado una especie de insaciable "carrera armamentista" en la que juguetes cada vez más caros envejecen cada vez más rápido. Como los autos y los celulares. Y nos hipnotizan, a los que consumimos y a los que quedan con la "ñata" contra el vidrio.

La publicidad es quien se encarga de dar imagen y significación a las marcas que marcan ese territorio profundo que llamamos ingenuamente "uno mismo", donde parecen haberse alojado no solo las huellas de experiencias vitales sino también las marcas de las marcas comerciales. Nuestra subjetividad ya no alberga solamente los arrorroes y mimos, los olores y las voces, los nombres y

apellidos. También ha sido colonizada por las marcas.⁷ Horadada la roca moderna del hogar nido, nuestra intimidad se ha tornado cada vez más ex-timidad.⁸

James McNeal describe en su libro de marketing para niños el proceso de socialización en la sociedad de consumo de un modo contundente: "Cuando llega el momento en que el niño puede estar sentado derecho, se lo instala en su puesto de observación culturalmente definido: el changuito del supermercado". Luego, dice, caminará a un costado.

Claro que criar en el consumo no es fácil. Ir al "súper" hoy, para muchos, tampoco. Si no resiste la miseria, resisten los padres. Paciente, McNeal alecciona:

"A menudo sucede que los padres no hagan caso o rechacen la demanda de sus hijos. Los niños pueden tener problemas con esas reacciones. Puede haber enfrentamientos, discusiones, palizas y rabietas, todo lo cual puede resultar fastidioso para ambas partes. Hay maneras de prevenir esos resultados y maneras de manejarlos, en particular si los padres confían en la ayuda de los comerciantes interesados".⁹

Si en la modernidad los padres eran los agentes de socialización primaria de los niños; ahora, en cambio, la publicidad asume la tarea de "educarlos" a ambos, simetrizando a padres e hijos para que hagan carrera como consumidores. Casi un posgrado. Una maestra comentaba hace poco: "Los medios son otro maestro en el aula".

En familia

A mí me crió la televisión.
Nicolás

Hace muchos años, Robert Young protagonizaba una serie de gran audiencia televisiva: "Papá lo sabe todo". Por esa época, el cabo Rusty, casi un niño -integrado a la estructura de un ejército- adiestraba y domeñaba a su fiel amigo animal, Rin tin tin. Un saber supuesto e hipertrófico y el dominio sobre lo irracional a partir de la integración a una estructura jerárquica eran el modo de estructurar relaciones.

En la actualidad, la figura paterna más popular es Homero Simpson, que sabe menos de casi todo que su opinador hijo Bart. Y este, lejos de integrarse a una estructura jerárquica que lo ayude a controlar sus desbordes, cuestiona y desnuda las hipocresías y el manojito de intereses que determinan aspectos de su crianza y educación. La palabra paterna pasó de hipertrofiada y solemnizada a devaluada. El linaje -hijo de oficios y de lo que se produce- empieza a estar cada vez más ligado a las marcas y a lo que se consume.

La desintegración familiar manifiesta por la precariedad habitacional, ocupacional, o las exigencias de la supervivencia velan que hay otras formas de des-integración más sutiles. Aquel hogar nido se ha convertido en un multi-espacio (cuando hay lugar), donde se intersectan -no necesariamente se comparten- vidas privadas. Los rituales familiares se ven jaqueados por las solicitudes mediáticas. Pensemos si no, en la cantidad de veces que se suele tener que llamar al ritual de la cena a

quienes están "ocupados" por el chateo, la televisión o la música. La exogamia también se abre camino por estas vías.

Con un agregado. Los semejantes pierden consistencia ante esta mediatización. Un niño le dice a su padre cuando frena en una esquina: "Papá, si pisamos a la viejita ganamos un bonus de mil puntos". Una niñita resiste la orden de ir a dormir que le imparte su madre, mientras mira desde la ventana de su casa a una pareja que pone pertenencias en el techo de su auto que está a punto de ser arrastrado por una inundación: "Mamá, esperá un poco que quiero saber cómo termina...!". Era el pedido de una espectadora curiosa, no de una niña angustiada por la suerte de los inundados.

En la escuela

-¿Vos creés que cuando vaya a buscar trabajo me van a preguntar qué nota me saqué en Instrucción Cívica? Juan, la escuela educa muy bien para la escuela.

Pablo, 16 años

En apariencia hay escuelas, hay edificios y maestras, pero todo funciona de otra manera. La escuela moderna educaba al soberano futuro, ciudadano que se hará representar. Era una escuela que formaba (el término alemán Bildung marcó ese rasgo) ciudadanos. De ahí, instrucción cívica. Ahora la escuela capacita para ingresar a un mercado. ¿Para qué, entonces, el civismo, la historia, incluso la gramática? ¿Para qué estudiar si, según Castoriadis¹⁰, los títulos se pueden comprar?

Antes, la escuela era fuente única de formación. Ahora se ha convertido casi, casi en una empresa entre otras que provee de habilidades y opiniones para su venta en el mercado laboral. Antes se trataba del alumno al que había que iluminar, una especie de página en blanco. En su lugar los chicos, hoy usuarios de servicios educativos, vienen a desaprender.

Si antes se trataba de esperar, el consumo no espera. Si se trataba de igualar (guardapolvos mediante) ahora lo importante es "estar primero".¹¹ Si antes un maestro, aun desconocido, era esperado con respeto por su investidura, en el aula, ahora puede serle necesario ingresar cuerpo a tierra para no ser alcanzado por los proyectiles. El saber estructurado, la investidura del maestro (junto con la del Estado y del padre), han caído. La norma pasa a ser una opinión más. Y esto merece un análisis y, a la par, una autocrítica.

Los chicos, no solo uno como en el cuento sino casi todos, señalan a las fuentes de autoridad y saber con el dedo y les dicen que están desnudos. ¿Cómo crear respeto y, mejor aún, confianza desde ese incómodo lugar?

Antes, la consistencia de la autoridad aplastaba y el chico se escapaba ("rateaba") o se rebelaba y transgredía. Ahora ante la inconsistencia se dispersa, fragmenta y se aburre.¹² Y actúa. No por rebeldía, por vacío.

Desnudos y exigidos

El cuerpo humano no es una estructura ni muy eficiente ni muy durable, con frecuencia funciona mal [...]. Hay que re proyectar a los seres humanos, tornarlos más compatibles con sus máquinas.

Stelarc

Desde esa desnudez, en que nos han dejado muchas de las instituciones (pero también de las caretas) caídas, ¿qué hacer? O tal vez ¿qué no hacer? Haber perdido pie lleva a una nostalgia de lo que no fue, a buscar algo rígido que nos sostenga, que emparche las investiduras caídas o desgarradas. Y sobre todo, la autoridad devaluada. De allí la impotencia y la depresión cuando no los estallidos de cólera impotentes cuando no es posible marcar la subjetividad de hijos y alumnos de acuerdo con valores y modos de relación que son vividos por sus receptores como obsoletos. Se trata de comenzar a construir algo más firme, no más duro. Se trata de partir de la confianza en camino a la reconstrucción de una autoridad con autoría y no como mímica vacía, mero discurso de orden, eco de papagayos.

Solo podremos desmarcarnos del consumo cuando podamos, en la crianza y en la escuela, establecer nuevas marcas. Y cada época hace (de) las suyas. Convendría no olvidar que en estos tiempos hay niños que enfrentan presiones sobrehumanas de eficiencia. Expectativa casi robótica ante la cual Tiempos Modernos podría pasar por una película filmada en cámara lenta. Ellos son sujetos a un marcapasos social que suele asumir un ritmo cocaínico. Él les impone las pilas para que puedan andar a mil. Con lo que no solo dejan de ser niños, casi dejan de ser humanos.

¿Habrán que hacerle caso a Stelarc? Habrá llegado el tiempo de una post-infancia? ¿Modo de producción subjetiva de post-mocosos? ¿Tiempo de constitución de lo maquinal, en lugar del momento fundante de lo infantil? ¿Sustitución del lapsus por la falta de batería? ¿Del juego por la programación? ¿De la intimidación velada por el automatismo expuesto? ¿De la aventura de hacerse la película por el goce de ser espectador de la ya hecha? ¿Se destituirán los espacios de juego? ¿O la niñez tal como la conocemos? ¿Será esta la tendencia?

Y si bien los soportes institucionales que hacen al niño tienden a ir ausentándose de la escena, hay interrogantes, procesos y dimensiones de la subjetividad que se mantienen a cierto resguardo de la intrusión descarnada del presente. Siempre y cuando haya padres y no "sponsors" o botellones de clonación. Siempre y cuando haya procesos de subjetivación y aprendizaje mediados por humanos y fundados en anhelos de trascendencia, y no hipnopedia.¹³

En la producción de esa clase de riqueza no virtual que son los seres humanos, no hay manera de emanciparse totalmente de esas viejas conexiones de la ternura y la palabra. Se seguirán creando nuevos puestos para el trabajo de la crianza -más allá de las probetas- que estará en manos de padres que son los insustituibles agentes de una doble función. De inscripción erógena y simbólica por un lado, pues son ellos quienes marcan con aquellos "arrorros y mimos" pero también transmiten en tanto sujetos al inconsciente sin saberlo o sin quererlo, lo que los excede o lo que

los hace padecer. Y, a la vez son quienes coadyuvan a metabolizar y metaforizar eso inscripto, por otro. Eso inscripto por ellos o a través de ellos. Pero también a pesar de ellos o sin ellos, por la sociedad, la cultura y la época tanto más cuando la situación de los padres como transmisores está en desventaja frente a otras fuentes de inscripción, como hemos intentado resaltar en este ensayo. Lo inscripto requiere ser ligado libidinalmente. Esto es lo que ocurre -por ejemplo- cuando una mamá amamanta y acompaña ese estímulo placentero con el sostén, arrullo, mirada, caricia. O cuando un reto paterno es acompañado por una explicación acorde, o cuando se comparte una película ayudando a un niño a entender e incorporar aquello que, de lo contrario, sería vivido como un cuerpo extraño. De las condiciones de inscripción y de las vías abiertas para su elaboración surgirá, en el mejor de los casos, un ser que puede jugar y podrá jugarse. Y aunque no podamos "penetrar los esquemas divinos del universo", nadie debiera disuadirnos de crear, tal como Borges nos sugiere "esquemas humanos, aunque nos conste que estos son provisorios".¹⁴

* Psicoanalista, autor de Post-mocositos, Contacto animal y Fantasmas y Pastillas.
www.juanvasen.com.ar

- 1 Vasen, J., *¿Post-mocositos?*, Buenos Aires, Lugar Editorial, 2000.
- 2 Aries, P., *L enfant dans l'Ancient Regime*, Paris, Seuil, 1998.
- 3 Eisembroch, D., *El juego de los niños*. Barcelona, Zerozix, 1988.
- 4 Duby, G., *Historia de la Vida Privada*, Buenos Aires, Taurus, 1988.
- 5 Corea, C. y Lewkowicz, I., *¿Se acabó la infancia?*, Buenos Aires, Lumen, 1999.
- 6 Fresán, R., "Ser de juguete", *Diario Página 12*, Argentina, 5 de enero de 2005.
- 7 Míguez, H., "Mercados, adicciones y espejos", *Diario La Nación*, Argentina, 11 de marzo de 2005: Se invierten 12.000 millones de dólares/ año para investigar los hábitos de consumo de niños norteamericanos de entre 8 y 12 años.
- 8 Lacan, J., *La Ética*, Buenos Aires, Paidós, 1989.
- 9 McNeal, J., *Marketing para niños*, Buenos Aires, Granica, 1998.
- 10 Castoriadis, C., *El avance de la insignificancia*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.
- 11 Publicidad de telefonía celular.
- 12 Corea, C. y Lewkowicz, I., *Pedagogía del aburrido*. Buenos Aires, Paidós, 2004.
- 13 El término hipnopedia refiere a un proceso de crianza sin padres, vehiculizado por miles de repeticiones sobre el deber ser, escuchadas durante el sueño. Es propuesto en la genial novela de Aldous Huxley, *Un mundo feliz*, Madrid, Editorial Rotativa, 1975.
- 14 Borges, J. L., citado en el excelente libro de Paula Sibilia, *El hombre post orgánico*.

Entrevista a Valerie Walkerdine
"Hay una multiplicidad de infancias"
Inés Dussel

Profesora de la Universidad de Cardiff, Reino Unido, la socióloga Valerie Walkerdine es autora de numerosos libros y artículos sobre la infancia, entre ellos *Schoolgirl fiction* (Ficciones de alumnas), y *Daddy's Girl: Young girls and popular culture* (La hija de papá: Las niñas y la cultura popular). En esta entrevista, Walkerdine señala la necesidad de analizar los diferentes tipos de infancias que habitan este mundo, y se detiene en el papel de los medios y los videojuegos en la producción de identidades infantiles.

-¿Cómo pensar sobre la infancia hoy? ¿Podemos seguir hablando de la infancia en los términos en que se hablaba hace cincuenta o cien años?

-Bueno, lo primero que se me ocurre es que hay muchos tipos diferentes de infancia, y eso no solo es un dato de la actualidad, sino que siempre ha sido así. Incluso en el trabajo del historiador Philippe Ariès, que planteaba la emergencia del sentimiento de infancia en el siglo XVI y XVII, puede observarse que la infancia no existía de la misma manera para todos, y que las concepciones de infancia de los trabajadores no eran las mismas que las de los aristócratas. El tema es que no debemos pensar solo en los cambios históricos, sino también en los cambios culturales actuales; por ejemplo, en las disparidades entre regiones. En el mundo globalizado, hay que ver que estas diferentes infancias se relacionan de maneras complejas, por ejemplo hay chicos en talleres textiles en Guatemala que producen los bienes que consumen los chicos del llamado Primer Mundo. Hay una multiplicidad de infancias, y también hay relaciones de explotación entre los diferentes tipos de infancia.

En esa dirección, algunos psicólogos y pedagogos norteamericanos plantearon la idea del "fin de la infancia", del fin del estado de minoridad, inocencia y subordinación en que se tenía a la infancia. ¿Usted qué opina de este argumento?

-Creo que para pensar en el fin de la infancia, en realidad habría que interrogar al "comienzo" de la infancia, esto es, al surgimiento del estudio científico de la infancia que dictamina que hay una especie de ser que es el niño, que debe ser considerado un objeto científico, y que ese objeto niño puede separarse de sus condiciones sociales y culturales. Este "sujeto-niño" definido por la psicología del desarrollo infantil plantea una niñez inocente, asexuada, incompleta, y claramente separada del universo adulto que posee las otras características. Fue una forma muy eficaz y muy fuerte de pensar y definir un universo infantil que está en la base de cómo pensamos a la niñez en las escuelas y en la sociedad. Creo que hay que cuestionar esta idea de infancia para discutir entonces el argumento del fin de la infancia. Lo que estamos viendo no es el fin de la infancia sino la crisis de ese tipo de discurso.

Por otra parte, estos argumentos sobre el fin de la infancia, sobre la pérdida de la inocencia, y el susto frente a la emergencia de una infancia sexualizada en los medios, surgieron en Estados Unidos en un momento preciso que es la época de Ronald Reagan, con el neoliberalismo en ciernes. En realidad movilizan discursos viejos, porque la idea de la inocencia del niño, y también de la pérdida de la inocencia, estaba ya en Rousseau en el siglo XVIII, entre muchos otros. Pero ahora hay un desplazamiento que tiene que ver con la emergencia de familias plurales, de organizaciones sociales plurales, de nuevas formas de ser madre o padre, de nuevas infancias. Me parece que el discurso del fin de la infancia responde a cambios en los países del Atlántico Norte en la organización social y cultural, y que viene a condensar una serie de ansiedades sobre estos cambios, que se expresan muchas veces como nostalgia.

También creo que la situación actual es mucho más complicada que lo que argumentan quienes dicen que la infancia "se acabó". El niño de la psicología evolutiva todavía existe como objeto discursivo, junto a muchas otras diferentes clases de infancia, a otras condiciones. Hoy tenemos un régimen global de producción de la infancia, que tiene una organización discursiva muy compleja. Como decía antes en relación a cómo se vinculan las infancias de distintas regiones del mundo, o aun dentro de las mismas regiones, hay que tener en cuenta que las relaciones y los flujos de intercambio son bien complejos.

Pensemos por ejemplo en cómo se piensa habitualmente, al menos desde el llamado Primer Mundo, sobre la infancia del llamado Tercer Mundo. Pareciera que el chico que trabaja en el Tercer Mundo no tuviera una infancia. Es decir, pareciera que hay una especie de estado natural que no tiene, y esa afirmación naturaliza una cierta idea de infancia, y excluye otras prácticas de los niños como si no fueran infancia.

-Por eso mismo, hay que cuestionar esa construcción discursiva sobre la infancia.

-Exacto, hemos dicho desde hace tiempo que la infancia es un objeto discursivo; es decir, está moldeada por discursos diversos (discursos científicos: sobre todo psicológicos, pero también médicos, pedagógicos, etcétera; y también por discursos político-legales, por discursos morales, entre otros). Creo que hay que volver a pensar cómo se relacionan de maneras complejas estas diferentes formas de pensar o hablar sobre la infancia. Y además, hay que pensarlas más relacionadamente. Los objetos discursivos se constituyen en un conjunto de relaciones complejas con otros. Pensemos por ejemplo en la historia de Peter Pan: él es un niño de una familia rica, pero en sus fantasías las infancias ricas y pobres se ponen en contacto entre ellas, se entrecruzan, y producen una historia compleja.

Creo que tenemos que llevar más allá la idea de multiplicidad, porque no es cuestión de decir simplemente: hay muchas infancias, todo vale, y listo; lo que importa hoy es mirar cómo está teniendo lugar una reorganización discursiva, de qué maneras complejas está sucediendo eso hoy.

-En relación con ello, ¿qué papel juegan los medios y las nuevas tecnologías en la producción de nuevas infancias?

-Bueno, hace un buen tiempo, más de 15 años, que vengo trabajando sobre la relación entre infancia, medios, y cuestiones de género y sexualidad. En mi trabajo "La hija de papá", me interesó en especial centrarme en esta idea de la infancia inocente, de la inocencia de las niñas, y el discurso mediático que en forma creciente erotiza a las niñas, las convierte muy tempranamente en objeto de la mirada masculina, tanto a través de los comerciales como de los programas infantiles y adolescentes. En esa época miré lo que se mostraba en la TV inglesa en los años 80 y 90, y si bien hoy aparecen otras cosas, es bastante similar a lo que observé en ese momento. Estoy trabajando en cómo hoy se caracteriza a las niñas en los medios, y aunque ostensiblemente uno ve más pluralidad en los tipos de niñas que se presentan como personajes, me parece que esa erotización de las chicas se da por sentado, y los patrones de género se mantienen bastante estables. Por ejemplo, cuando aparecen chicas interesadas en la tecnología, se las presenta como menos femeninas, más rudas. No es que se muestre cualquier cosa en la TV.

En el libro La hija de papá planteé que los medios presentan a las niñas ya sea como inocentes o como objetos eróticos, y a veces como ambas cosas. Pero lo que resulta más interesante es analizar cómo ellas se involucran con estas construcciones mediáticas televisivas o del cine, y por eso me dediqué a estudiar cómo ellas miran TV, qué cosas aprenden, qué cuestiones les impactan o las afectan. No es un impacto directo e inmediato, sino que está mediado por muchas cosas. Ahí, por ejemplo, no habría que olvidarse de que en un punto las fantasías de los chicos que trabajan y viven en la calle en Brasil o en Argentina no difieren tanto de las fantasías de una chica de clase media en Inglaterra. O más bien habría que decir que probablemente hoy estén compuestas de elementos parecidos, solo que se combinan de maneras muy distintas.

-¿Qué está sucediendo con los videojuegos?

-Bueno, ahí creo que se abre otro tipo de reflexiones y problemas. Me parece que los videojuegos son hoy un ámbito privilegiado de construcción de la masculinidad contemporánea. Ellos requieren e involucran la producción de acciones que se supone son parte de lo masculino. Me parece que hay muchos vínculos entre lo que proponen los videojuegos y la estructura del relato de los viejos western de Hollywood, donde el héroe es golpeado pero siempre se recupera y vuelve a la pelea hasta vencer. Me parece que esta idea está en el centro de la organización de muchos videojuegos. Hay una serie de movimientos tecnológicos, ya no con una pistola sino con el control del videojuego, que exige que seas rápido con la coordinación de tu mano, que tengas buenos reflejos, etcétera. Y pensar eso me ayudó a entender por qué las chicas la pasan mal, o no les va bien, cuando juegan con los videojuegos. No es que no les interese ganar o matar a otros, sino que están atrapadas en una contradicción. Si quieren parecer competitivas, como hay que serlo en los videojuegos, entonces tienen que dejar de lado la cooperación, pero eso parece contradecir un mandato tradicional de la femineidad que es cuidar a todos, sentirse responsables de que todos estén bien, y entonces las chicas buscan la forma de ser al mismo tiempo cooperativas y competitivas. Eso se ve en muchos aspectos: en el mercado de trabajo sucede algo parecido, porque se les pide a las mujeres que se desempeñen con algunos atributos supuestamente masculinos pero también que mantengan los femeninos, que sigan siendo

maternales, que estén bellas a los ojos de los hombres; entre muchas otras cosas que en realidad resulta bastante difícil sostener todas juntas.

En mi investigación sobre cómo las chicas juegan videojuegos, enseguida observé que ellas no llegan muy lejos, tienen que combinar cuestiones contradictorias y eso las frena. En cambio, los varones no sienten que tienen que hacerlo. Quieren ser héroes, quieren ganar, quieren superar a sus amigos, y eso no contradice los sentidos tradicionales de la masculinidad. Las chicas en cambio pretenden que no quieren ganar. Nos decían en la investigación que ellas odian la violencia, que les asusta la violencia; pero uno las ve jugar y las compañeras les gritan apasionadamente, "Matalo,matalo", ¡como un varón más! Lo que uno puede ver es que se construye una especie de posición imposible para ellas, en la que hay que querer ganar a la par que cuidar de otros, estar atentas a que estén todos bien, preocuparse si alguien se pierde o es atacado. realmente, una posición imposible. Me parece que estas maneras de aproximarse a la infancia y a la construcción del género son más interesantes que mirar el contenido de los videojuegos, o en qué medida tienen personajes femeninos o no. Me parece que la producción de la femineidad y la masculinidad se da más bien en el desempeño y en la forma en que se ejerce cotidianamente, y en ella los medios electrónicos hoy tienen un peso importante.